

Democracia o trumpismo

El mundo experimenta un retroceso democrático a escala global. Las autocracias se recrudecen, como en Rusia. Las democracias cuestionables se deterioran, como en India, en Turquía y en algunos países de Hispanoamérica y el norte de África. Y en varias de las llamadas democracias de calidad, en Europa y Norteamérica, arrecian los riesgos de regresión de la mano de la polarización, las radicalidades y el trumpismo.

La relación causal entre los fenómenos de la polarización, el trumpismo y los retrocesos democráticos forma parte del debate público de nuestros días. Sin embargo, cada vez parece más claro que son las estrategias trumpistas las que conducen a la polarización extrema, y que ambas realidades ponen en serio peligro los derechos y libertades democráticas conquistados con gran esfuerzo y sacrificio.

La expresión más nítida de las estrategias radicalizadoras y sus consecuencias antidemocráticas se encuentra en el trumpismo, referido a la conducta del expresidente de los Estados Unidos y que tuvo su epítome en el intento de golpe de Estado del 6 de diciembre de 2021, cuando el propio Trump negó los resultados de unas elecciones limpias y condujo a sus seguidores al asalto del Parlamento democrático.

El trumpismo no constituye una ideología al uso, puesto que no articula ideas con las que organizar el espacio público compartido. Tampoco conforma un auténtico programa político, porque no ofrece un conjunto de soluciones viables a los problemas y retos de la ciudadanía. Se trata, fundamentalmente, de una estrategia para la conquista del poder, el poder político, el poder económico y el poder social, el poder totalitario en suma.

El trumpismo se vale de la frustración y del miedo en que vive una parte importante de la población, ante las consecuencias de las grandes transformaciones

vinculadas a la globalización y el avance tecnológico. Se limita a ofrecer a los perdedores de la globalización unos culpables a los que señalar y el refugio de las identidades más cercanas y seguras, como la nación, la etnia, la religión o la tradición.

Los trumpistas utilizan viejos resortes ya ensayados en los años treinta del siglo pasado para la activación ideológica y política, tan efectivos como destructores de la convivencia. Se trata de la dialéctica simple del amigo contra el enemigo, del "nosotros" contra "ellos", de las bases traicionadas contra las élites traidoras, del pueblo bueno contra los dirigentes malos, de los de aquí contra los de fuera que nos amenazan, de lo conocido y cercano contra lo diverso y desconocido...

La emocionalidad negativa siempre ha sido un instrumento tradicional en manos de los movimientos antidemocráticos, más partidarios de mostrar a sus seguidores a quién

odiar, que de argumentar con ideas o propuestas para afrontar necesidades, problemas o desafíos colectivos. Para alimentar sus dialécticas falaces, no dudan en usar la desinformación y la mentira, que han encontrado en las redes sociales y en algunas televisiones un vehículo extraordinariamente eficaz.

Más allá de la intencionalidad artera de estos movimientos trumpistas, es preciso analizar también los caldos de cultivo que contribuyen a su expansión. La globalización en marcha y la revolución tecnológica asociada se está saldando con un gran contraste entre ganadores y perdedores. Las desigualdades crecen y la injusticia social se acentúa. Amplios sectores de la población, como los jóvenes, las mujeres, el mundo rural, los obreros no cualificados, los migrantes de primera y segunda generación, se ven y se sienten discriminados, marginados, excluidos.

Los peligros que conlleva el avance del trumpismo

La asunción por el Partido Popular español de los propósitos, los mensajes y los procedimientos de la ultraderecha populista en España no supone una rareza histórica, pero constituye un serio peligro de regresión democrática.

son evidentes y de gran alcance: freno al progreso, quiebra de los consensos civilizatorios, deterioro democrático y retroceso en derechos y libertades ciudadanas. Los riesgos son especialmente graves para los colectivos señalados como falsos culpables, porque los señalamientos se transforman fácilmente en discriminaciones y agresiones: los migrantes, los progresistas, las feministas, los homosexuales...

Los negacionismos de la estrategia trumpista también tienen consecuencias, más allá de la retórica irracional. Cuando se niega la violencia de género, se desprotege a las mujeres amenazadas. Cuando se niega el cambio climático, se renuncia al control de emisiones contaminantes o a la protección de la biodiversidad. Cuando se niega la transversalidad en el origen o la étnica de los criminales, se contribuye al odio a los menas, los latinos o los musulmanes

Cuando se ponen falsamente en cuestión los procedimientos electorales, o se niega la legitimidad de los gobiernos surgidos limpiamente de las urnas, o se busca la ilegalización de las formaciones políticas con ideas diversas, se están socavando los fundamentos de la democracia misma. Y los peligros se multiplican incluso al incitar a la "autodefensa" mediante las "patrullas ciudadanas" armadas en Norteamérica o los movimientos y empresas "anti-ocupación" en Europa. Tal matonismo recuerda crudamente a la militarización de los movimientos antidemocráticos que precedieron al drama fascista en el siglo XX.

El peligro del trumpismo se multiplica cuando la derecha tradicional, demócrata cristiana y liberal, asume sus objetivos y postulados. Buena parte de la derecha convencional, como los republicanos en Estados Unidos, los torys en Gran Bretaña o el Partido Popular en Europa, han pasado de ignorar, recelar o temer a blanquear, aceptar, utilizar y asumir las estrategias y los discursos trumpistas.

Las derechas han descubierto en las metas y las recetas populistas un atajo efectivo para conquistar el poder, y en buena medida están renunciando a los valores, las ideas y las agendas más tradicionales de las fuerzas conservadoras. Estas dinámicas de complicidad y absorción en el espacio político de las derechas y las ultraderechas está llevando al trumpismo de la marginalidad a la centralidad, de las redes a las instituciones y de la extravagancia en las tertulias al poder efectivo. Ahí está la gran amenaza para la democracia y la civilización.

El fin último del trumpismo es el de la ocupación del poder para ejercer políticas autoritarias. Los populistas no incumplen los principios democráticos para alcanzar el poder y después aplicar procedimientos propios de la democracia. La asunción del poder por parte de los populistas conduce inevitablemente a la utilización de las instituciones para perseguir a los enemigos políticos, para acabar con la representación plural, para terminar con la pluralidad informativa... Recordemos la experiencia de Weimar y la evolución posterior en la Europa de principios del siglo XX.

En España, además, los precedentes históricos apuntan a una derecha proclive a una interpretación exclusivista en la legitimación del poder político. Tan solo durante el breve periodo de la Transición Democrática, fundamental no obstante para el progreso de la sociedad española, la derecha patria se ha salido de la tradición secular de considerar el gobierno como un derecho natural para los suyos, y de ignorar escrúpulos morales o ideológicos a la hora de hacerlo efectivo.

La asunción por parte del Partido Popular español de los propósitos, los mensajes y los procedimientos de la ultraderecha populista en España, no supone una rareza histórica, por tanto, pero constituye un serio peligro para la regresión democrática.

¿Cómo responder a esta amenaza global? Es preciso reforzar los cordones sanitarios que aún perduran en sociedades democráticas avanzadas, como la alemana y la francesa, y que muestran ya síntomas de resquebrajamiento ante el avance de las estrategias antidemocráticas. Pero es esencial también aminorar aquellos caldos de cultivo de la globalización injusta y la desigualdad creciente.

Un nuevo contrato social, al modo en que se suscribió de facto en la Europa de la segunda mitad del siglo pasado, contribuiría a construir una globalización sin ganadores abusivos y sin perdedores en la cuneta, con unas transiciones justas en las tres grandes revoluciones pendientes: la feminista, la digital y la ecológica.

Y, finalmente, una apuesta decidida por afianzar los valores políticos y sociales de la convivencia, el respeto mutuo y la búsqueda de los grandes consensos en torno a los retos colectivos. Valores que requieren también de una institucionalidad democrática renovada y reforzada en sus metas y procedimientos.

Hay esperanza. Tiene que haberla. **TEMAS**